

DIARIO DE VIAJE A ESTADOS UNIDOS
UN AÑO EN SMITH COLLEGE
(1921-1922)

Biblioteca Javier Coy d'estudis nord-americans

<http://www.uv.es/bibjcoy>

Directora

Carme Manuel

DIARIO DE VIAJE A ESTADOS UNIDOS
UN AÑO EN SMITH COLLEGE
(1921-1922)

Carmen Castilla

Introducción, edición crítica y notas
de Santiago López-Ríos Moreno

Biblioteca Javier Coy d'estudis nord-americans
Universitat de València

© *Diario de viaje a Estados Unidos. Un año en Smith College (1921-1922)*
Carmen Castilla

Ed. Santiago López-Ríos Moreno

1ª edición de 2012
Reservados todos los derechos

Prohibida su reproducción total o parcial

ISBN:

Depósito legal:

Imagen de la portada: Fotografía de portada: Carmen Castilla en su cuarto en Dickinson House, Smith College. 1921-1922. Colección de Carmen Castilla

Diseño de la cubierta: Celso Hernández de la Figuera

Publicacions de la Universitat de València

<http://puv.uv.es>

publicacions@uv.es

Impresión:

Índice

Prólogo. Isabel Pérez-Villanueva Tovar, “De la Residencia de Señoritas a Smith College. El diario de Carmen Castilla”	
Agradecimientos.....	
Introducción.....	
Criterios de edición.....	
Carmen Castilla, <i>Diario de viaje a Estados Unidos</i>	
Apéndices	
I. Cartas de Juana Moreno de Sosa desde Estados Unidos a la Secretaría de la Junta para Ampliación de Estudios	
II. Cartas de María Oñate a María de Maeztu desde Estados Unidos. Cursos 1920-1921, 1921-1922 y 1923-1924	
III. Artículo publicado en <i>La Prensa</i> (Nueva York) sobre la llegada de las pensionadas de la JAE en septiembre de 1921	
IV. Carmen Castilla, “Life in Spanish <i>Residencia</i> Described by Foreign Student”	
V. Carmen Castilla, “Recuerdos... que son Historia” (1955)	
Índice onomástico.....	

Prólogo

De la Residencia de Señoritas a Smith College. El diario de Carmen Castilla

La Residencia de Señoritas, abierta en el otoño de 1915 por la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas como extensión al ámbito femenino del centro residencial masculino que había fundado pocos años antes, ofrecía a las estudiantes no sólo un alojamiento confortable, sino también un importante complemento de orden intelectual y cultural para perfeccionar su formación. Era frecuente, sobre todo en los primeros tiempos, que procurase además a las residentes el modo de comenzar su actividad profesional, recurriendo para ello a la consistente trama de organismos de investigación y educación dependientes de la Junta. Se iniciaba así para esas jóvenes una vinculación que, en no pocas ocasiones, fue muy duradera. Y, naturalmente, la Residencia consideró siempre muy provechosa para sus alumnas la ampliación de estudios en el extranjero. En el ejercicio de una de sus funciones más relevantes, fue desde luego la Junta la que solía conceder pensiones para viajes y estancias en el exterior, aunque se abrieron también nuevos cauces desde la propia Residencia de Señoritas mediante el establecimiento de relaciones de intercambio con algunos de los centros más prestigiosos dedicados a la educación superior de las mujeres en los Estados Unidos.

Planteada, de acuerdo con los presupuestos de la Institución Libre de Enseñanza, para favorecer el acceso de las mujeres a la universidad y al ejercicio profesional y promover su integración en la vida activa, constituyó una plataforma esencial para la configuración, en el ámbito de las clases medias y con acento liberal, de una mujer moderna en España –tan bien caracterizada por Martínez Sierra o Casona. Y fomentó, al modo institucionista, una transformación tan profunda e integral de las estudiantes que suponía, en expresión de Alberto

Jiménez Fraud, presidente de la Residencia de Estudiantes, la asunción de “nuevos modos de sentir y nuevos hábitos de vida”, en un tiempo en el que, por añadidura, las mujeres españolas se encontraban en el umbral de un nuevo horizonte.

En la definición de ese nuevo tipo femenino, no puede considerarse un factor secundario el ejemplo de las mujeres norteamericanas –alumnas y profesoras– que convivieron con las de la Residencia de Señoritas, gracias a la ayuda sobresaliente de una generosa institución norteamericana, el International Institute for Girls in Spain. Juan Ramón Jiménez, que vivió en la Residencia de Estudiantes en su primera etapa, apuntó, de forma muy sugerente, a propósito de Zenobia Camprubí, las enormes diferencias que entonces existían entre las jóvenes españolas y el tipo de «mujer educada a la americana», tan de su gusto. Y el secretario de la Junta, José Castillejo, comprendió y apreció debidamente lo que significaba para las residentes la relación con las profesoras norteamericanas, mujeres independientes, activas, enérgicas, e incluso deportistas, en muchos casos cultas y refinadas, siempre modernas, que gozaban además de una sólida preparación intelectual y profesional.

Los dos principales rasgos que Cossío señalaba en la sociedad norteamericana – “uno, el más visible, por lo exterior y extenso, el utilitario; otro, menos aparente, más íntimo y profundo, altamente idealista, el puritano”– constituyen, sobre la traza institucionista, ingredientes reconocibles en la trayectoria de la Residencia de Señoritas. Su directora, María de Maeztu, cuya madre tenía ascendencia británica y educación francesa, mantuvo relaciones muy sólidas y constantes con el profesorado del Instituto Internacional y conoció bien los Estados Unidos, especialmente las instituciones dedicadas a la educación superior de las mujeres. Tuvo siempre muy presente el funcionamiento de los más prestigiosos *colleges* femeninos en la orientación del centro residencial madrileño que dirigía.

Carmen Castilla pertenece al escogido grupo de mujeres que recibió, en sus distintas vertientes, el amparo y el estímulo inestimables de la Residencia de Señoritas, de cuya primera promoción formó parte. Trabajó en otros dos organismos de la Junta, ya que se inició como maestra en la Sección Preparatoria del Instituto-Escuela –dirigida también por María de Maeztu– y fue profesora durante muchos años de los Cursos para extranjeros organizados por el Centro de Estudios Históricos. Y disfrutó de la oportunidad de ampliar estudios en los Estados Unidos gracias a una de las iniciativas más apreciables y singulares de la Residencia de Señoritas, su acuerdo con Smith College, al que se sumaron después

otras instituciones análogas. En ese periodo, escribió el diario que presenta y edita el profesor López-Ríos Moreno.

El contraste entre una España atrapada en la guerra de África, sobrecogida por el desastre de Annual, y los Estados Unidos era muy fuerte cuando Carmen Castilla desembarcó, con sus compañeras, en Nueva York, una ciudad de la que apenas tenía entonces unas vagas referencias cinematográficas. Lo que primero percibe allí es el tamaño, la cantidad, la masa, el ruido, e incluso la suciedad, sin poder apartarse todavía de un cliché muy arraigado entonces en Europa. Pero camino de Northampton, se muestra ya sensible ante la belleza del paisaje y se deja seducir por el atractivo de la naturaleza. Y a fuerza de *ice creams*, *candies* y *cakes* va aprendiendo a sortear y a sobrellevar la comida, que no le gusta –lo mismo les ocurría a las norteamericanas en la Residencia de Señoritas–, y, sobre todo, a endulzar las dificultades y calmar la nostalgia.

De forma lúcida, con sencillez, observa y se sorprende, haciendo un retrato de la sociedad norteamericana que resalta, al tiempo, por oposición, las diferencias con la española, y sus carencias y defectos. La seriedad, el orden, la puntualidad retienen muy pronto su atención y le producen admiración. Otras muchas de sus observaciones y reacciones merecen una consideración detenida. Resulta así conmovedora su ingenuidad ante unas compañeras que, por la ligereza de sus vestidos, tienen, a su juicio, “poca aprensión para aparecer delante de los hombres”, o su asombro ante unas estudiantes que, pese a ser inválidas, hacen, con la necesaria ayuda, una vida normal en Smith College, cuando en España estarían “en sus casas sin estudiar de este modo”. Es muy significativo que, entre otras cosas, le produzcan gran curiosidad esas doctoras de la Universidad de Columbia casi octogenarias; y lo es aún más que le maraville descubrir que en Norteamérica “la mujer no termina sus estudios, sino que sigue siempre cursos nuevos para saber más”.

Es natural que se fijase especialmente en las mujeres, en sus comportamientos y en sus hábitos, porque conoció sobre todo el lado femenino de los Estados Unidos. No es sólo por el hecho de que en Smith College no hubiese estudiantes varones, sino, sobre todo, porque sus contactos, sus apoyos, las personas con las que trató, procedían en su mayoría del entorno del Instituto Internacional y de la Residencia de Señoritas, y eran mujeres. Desde este punto de vista, el diario pone de manifiesto la existencia, ya hacia 1920, de una rica y tupida red de relaciones entre un sector relevante de la intelectualidad femenina norteamericana y el núcleo de

españolas, todavía pequeño y poco consistente pero en imparable crecimiento, que promovía la Junta para Ampliación de Estudios y sus fundaciones, singularmente la Residencia de Señoritas. Sobrepasando el marco institucional, el intercambio entre las mujeres de uno y otro lado del Atlántico estaba lejos de ser estrictamente profesional. Las profesoras norteamericanas no se limitaban a ejercer una tutela académica, y el contacto con las recién llegadas –desorientadas y algo asustadas, como Carmen Castilla– discurría además por cauces personales, de trato individual e incluso familiar. Son dignos de reconocimiento la atención y el tiempo que mujeres tan relevantes como Caroline Bourland o Susan Huntington dedicaron a estas jóvenes españolas.

Todo ello se hace patente en la intensa vida social de Carmen Castilla desde que desembarca en Nueva York, rodeada siempre, de mujeres, que la acompañan –o le escriben–, profesoras y estudiantes, americanas y españolas, que en muchos casos había conocido en Madrid, en el Instituto Internacional, en la Residencia o en el Instituto-Escuela. La autora narra también, y con agrado en muchos casos, su participación en la rica vida corporativa de Smith College –una práctica anglosajona que la Residencia intentó tenazmente incorporar– y su relación con otras estudiantes, incluidas algunas extranjeras, como aquellas chinas que le resultaron tan exóticas, dentro y fuera del campus, utilizando las variadas y activas vías del asociacionismo femenino norteamericano.

La española, por su parte, parecía también algo singular en ese entorno, como evidencia la impresión que produjeron en sus compañeras norteamericanas algunos elementos personales con los que decoró su cuarto, el reducto de mayor privacidad: el mantón estampado de ocho puntas que utilizaba como colcha fue objeto de todas las miradas y concitó el entusiasmo general, mientras que la fotografía de su numerosísima familia, once hermanos, provocó auténtico estupor.

La incompreensión, e incluso los prejuicios, presentes en los dos países –y de ello hay pruebas en el diario–, sólo pueden resolverse con la cercanía y el conocimiento mutuos. Y la comparación con lo distinto estimula en general un muy saludable sentido crítico hacia lo propio, superando el riesgo de considerarlo único. Desde los Estados Unidos, Carmen Castilla comprende mejor, por contraposición, algunas cosas de España. Advierte, por ejemplo, de forma sutil e indirecta, la diferencia con la sustanciosa –y responsable– contribución que realizan en Norteamérica quienes asisten a misa: “Como son de veras católicos – escribe–, dan cuanto creen necesario para mantener el culto”.

A Santiago López-Ríos debe atribuírsele el mérito de sacar a la luz el diario que redactó Carmen Castilla durante su estancia de un año en Smith College, entre 1921 y 1922. Desde el primer momento, supo ver el interés de un escrito que publica ahora en una edición muy cuidada, con el rigor y la minuciosidad de su buen hacer de filólogo. Conoce a fondo la documentación procedente de archivos españoles y norteamericanos, y la maneja con sensibilidad e inteligencia para facilitar una comprensión más completa y profunda del texto, orientando al lector – y no es fácil– en la abultada nómina de mujeres españolas y norteamericanas que giran en torno a la autora o en los múltiples y pequeños avatares de su vida cotidiana en los Estados Unidos. Reconstruye –y transmite– con agilidad el mundo de Carmen Castilla, aportando fotografías y escritos complementarios, como las muy vivaces cartas de otras dos residentes, Juana Moreno y María Oñate, o una interesantísima evocación de Carmen de María de Maeztu y la Residencia de Señoritas en sus primeros años de funcionamiento. Y consigue, en la introducción, explicar el diario, sin perder ni la estima ni el respeto por lo que tiene de testimonio personal e incluso íntimo, como una pieza expresiva de una valiosa experiencia colectiva, la de un pequeño grupo de jóvenes que contribuyeron a abrir un nuevo camino –el de los Estados Unidos– para las mujeres españolas en los años veinte y treinta del siglo XX.

Isabel Pérez-Villanueva Tovar

UNED